

TRAYECTOS FORMATIVOS  
PARA LA ACREDITACIÓN  
DE APRENDIZAJES

3° año  
Ciclo Orientado

# Antología literaria para los trayectos formativos

Desplazamientos y  
mundos distópicos

LENGUA Y LITERATURA



**Jefe de Gobierno**

Horacio Rodríguez Larreta

**Ministra de Educación**

María Soledad Acuña

**Jefe de Gabinete**

Manuel Vidal

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa**

María Lucía Feced Abal

**Subsecretario de Carrera Docente**

Oscar Mauricio Ghillione

**Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad**

Santiago Andrés

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera  
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

**Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje a lo Largo de la Vida**

Eugenia Cortona

**Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad  
y Equidad Educativa**

Carolina Ruggero

**Directora General de Educación de Gestión Privada**

María Constanza Ortiz

**Director General de Educación de Gestión Estatal**

Fabián Capponi

**Director General de Planeamiento Educativo**

Javier Simón

**Gerente Operativo de Currículum**

Eugenio Visiconde

## **Dirección General de Planeamiento Educativo (DGPLEDU)**

### **Gerencia Operativa de Currículum (GOC)**

Eugenio Visiconde

**Asistente técnico pedagógica:** Marcela Marchesano.

**Equipo de especialistas en didáctica del Nivel Secundario:** Bettina Bregman (coordinación), Cecilia Bernardi, Ana Campelo, Daniel Gentile, Marta Libedinsky, Adriana Vanin.

**Especialistas en didáctica de Lengua y Literatura:** Mariana D´Agostino (coordinación), Mariana Lila Rodríguez, Ludmila Vergini.

**Agradecimientos:** a la DGEGE y a las direcciones de las áreas de secundaria por la lectura crítica y los aportes realizados.

---

## **Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)**

**Coordinación general:** Silvia Saucedo.

**Coordinación editorial:** Marcos Alfonzo.

**Asistencia editorial:** Leticia Lobato.

**Edición:** Marta Lacour.

**Corrección de estilo:** Ana Premuzic.

**Diseño gráfico:** Silvina Roveda.

---

ISBN: en trámite.

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum, 2023. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Fecha de consulta de imágenes, videos, textos y otros recursos digitales disponibles en internet: 1 de mayo de 2023.

© Copyright © 2023 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

# Índice



## Eje 1. Desplazamientos

- **Sección 1.** ¿El último viaje? (“Billete de mil”, de Guillermo Martínez) ..... **5**
- **Sección 2.** Un viaje al sur (“Austral”, de Paula Tomassoni)..... **8**
- **Sección 3.** Voces para la ciudad (“La voz humana”, de Leila Guerriero) ... **11**



## Eje 2. Mundos distópicos

- **Sección 4.** El fin del mundo (Fragmento de *Mugre rosa*, de Fernanda Trías)..... **12**
- **Sección 5.** Poesía en el espacio (Poemas de Andi Nachón, Paula Jiménez España y Javier Roldán)..... **15**
- **Sección 6.** Demasiada gente (“Geografía nacional”, de Camila Fabbri) ... **20**



## Eje 3: Leer textos para reflexionar sobre la literatura

- **Sección 7.** ¿Hay poesía en la crónica? (“La mirada precisa de Leila Guerriero”, de Emilia Racciatti) ..... **24**
- **Sección 8.** ¿Ciencia ficción argentina? (“Los mundos posibles”, de Belén Marinone; “No tengo ningún respeto por la ciencia ficción”, de Luciano Lambert; “Argentinos en la luna. Prólogo a *Los fuegos de Orc*”, de Patricio Foglia)..... **25**



## Eje 1. Desplazamientos

### Sección 1. ¿El último viaje?

#### Billete de mil

Por Guillermo Martínez



Allá viene el tren de las cinco. Quizá fuese la última vez que viajaba en ese tren, la última vez que Wilde-Don Bosco-Bernal. Y qué. No había ni nostalgia ni alivio, solo un tren frenando, el ventarrón caliente, el antiguo estrépito de fierros, las ventanillas de caras aplastadas.

En el andén los demás levantaban del suelo valijas y bolsas de comida y se amontonaban frente a las puertas aún cerradas.

Miró el reloj de la estación, tratando de no ver qué día era: nunca le habían gustado las fechas ni los aniversarios. Nació en el diecinueve, el viejo murió en el treinta y dos, así que fue en el treinta y tres que empecé a trabajar y hoy me jubilé. Porque las fechas son los bordes de agujeros que dan vértigo: uno puede caerse en el medio y en el medio nunca hay nada. Por eso, mejor olvidar que era seis de diciembre, que lo obligaron a hablar, unas palabras aunque sea, se había puesto de pie para decir algo que inevitablemente terminaría en agradecimientos, él, que no quería agradecer nada, pero ellos esperaban más, vio sus caras ansiosas, sus miradas impúdicas; buitres, que llorase, eso querían; lágrimas rodando por la mejilla arrugada, mocos de empleado fiel que se jubila, para poder decir cómo se emocionó don Pascual, pobre viejo.

La puerta se abrió en una andanada de piernas pero él pudo escurrirse, entrar gente en contra, antes que nadie, el cuerpo de perfil, haciendo palanca con el codo, atropellar, abalanzarse sobre aquel asiento libre. De inmediato sobrevino el reflujó, la muchedumbre que se desparramaba, los brazos izándose para colgar los cuerpos, las caras sudorosas, el aire de pronto espeso y caliente como un caldo.

A su lado se había sentado un pibe de la primaria, con el guardapolvo remendado. En el asiento de enfrente, un concripto estiraba las piernas y se volcaba el birrete sobre los ojos. Por el pasillo, en sentidos opuestos, una gorda y un viejito trataban de alcanzar el asiento desocupado junto al soldado. No se miraban, aunque ambos sabían dónde estaba el otro y calculaban de reojo los pasos que harían falta, los bolsos que deberían esquivar. El viejito llegó primero y desde el asiento le dirigió a la gorda una mirada triunfal, mientras sacaba un pañuelo del bolsillo para secarse la calva brillante.

Se había acabado el espectáculo. Desvió la vista y en el suelo, junto al hierro del banco, vio el billete. Un billete, Dios, de los de mil. Se le había caído al viejo, seguro, cuando sacó el pañuelo.

Miró a los costados; solo caras ajenas, nadie se dio cuenta, así que bastaría estirar un poco más el pie, así, curvar el empeine, así, haciéndose el desentendido, así, pisar el billete. Así. Levantó los ojos cautelosamente; allí estaba la mirada del viejo. ¿Habría visto el zapato sobre el billete? Pero no, era imposible, todo había ocurrido demasiado rápido. Dio vuelta la cara para esquivar aquellos ojos fijos y casi se sonrió; el tren se había puesto en marcha, solo debería esperar a que el viejo se durmiera, duérmeme mi viejo, duérmeme mi sol, para recoger el billete del suelo, Pascual solo nomás, el tigre pierde el pelo pero no debía preguntarse por qué. Había aprendido hace mucho a no hacerse preguntas. Su padre decía que la conciencia es un lujo de ricos. Por eso, no pensar que los mil pesos son la jubilación del viejo, no ver la mano del viejo dando vuelta el bolsillo vacío, el gesto dolorido e inútil.

Wilde, la primera estación. Ojalá que se baje el viejo, viejito lindo, Wilde está lleno de plazas llenas de palomas. Pero no. Y el colimba y el pibe tampoco. De nuevo el traqueteo, pero algo se había vaciado el vagón, ahora por lo menos se podía respirar. La población iba quedando atrás; otra vez los postes de teléfono en la ventanilla. Entornó los párpados casi hasta cerrar los ojos, para desanimar aquella mirada fija. Se dio cuenta, seguro. Aunque no, tranquilo Pascual, se hubiese revisado los bolsillos, ya hubiera dicho algo. Sintió el mínimo crujir del billete bajo su pie y apretó más la pierna; era suyo, ya nadie se lo quitaría.

Parecía más bien como si el viejo tratara de reconocerlo, una de esas largas miradas que hacen memoria, que recuerdan y comparan para decidir si es o no es.

Escuchó un ruido familiar, de tan antiguo casi olvidado, el crepitar de un envoltorio. El pibe comía caramelos. Un súbito furor le hizo desviar la vista. Él también había tenido caramelos a la salida de la escuela. Bastaba decir nombres a la maestra y ábrete frasco. Se vio en puntas de pie, introduciendo una mano reverente y eligiendo los azules, que son de ananá. Por el pasillo avanzaba el guarda.

Dónde habría puesto el maldito boleto, aquí estaba: boleto hasta Bernal. Por qué no le pedía también a los demás, al viejo podría pedírselo, entretenerlo un segundo aunque sea, un descuido bastaría para alzar el billete; pero no, el guarda ya se alejaba, bamboleante, haciendo equilibrio entre las dos filas de asientos.

Bernal, su estación. El tren se detuvo y el calor de la tarde entró por la ventanilla como un nudo desatado. Tenía el pie entumecido, dolorosamente apretado contra el suelo para que no asomara la punta del billete. Aguardó casi con desesperación a que bajase el viejo. Sentía sin verla, como si hubiera estado allí desde siempre, su mirada pegajosa, estancada. Tal vez debiera decirle algo, pero tenía miedo, un temor pueril, como en las salas de espera cuando enfrente hay un enfermo grave.

El vagón había quedado casi vacío. Él tampoco bajaría. Te voy a seguir hasta Quilmes, viejo atorrante, hasta el infierno si es necesario, a ver si bajás o no bajás. Sintió un hormigueo que le subía desde el pie: se le estaba acalambando la pierna. Tampoco el pibe había bajado. Ni el conscripto, que aún dormitaba.

Lo miró por primera vez. Su cara lisa le resultaba vagamente familiar. Todos los soldados son parecidos debajo del birrete. El servicio militar... El cabo Ortiz, izquierdo, derecho, izquierdo. FAL: F de fusil, A de automático y los judíos son todos comunistas. Había aprendido a estar siempre en el medio, a perderse en el montón, ni demasiado tonto porque te toman de punto, ni demasiado vivo porque el más vivo es el cabo. Ni demasiado laborador porque te quedás los catorce meses, ni demasiado vago porque perdés los francos.

El tren aminoró la marcha; ya llegaban. Ahora tenía el sol sobre la cara, como una mano afiebrada. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y sintió la camisa húmeda adhiriéndose a la espalda. Una extraña debilidad, es el calor, lo amordazaba blandamente; ya no sentía la pierna, es el calambre, apenas un calambre. Hubo de pronto el chirrido hiriente de los frenos y al mismo tiempo las miradas confabuladas, golpeando todas juntas. Ellos sabían. Lo había sabido desde el principio: el pibe, que ya no comía caramelos, que ahora miraba con insolencia su pierna temblorosa, la cara extendida como un índice, una cara que él había conocido, señorita, señorita, Pascual tiene un billete que no es suyo; el conscripto, que lo miraba con unos ojos neutrales pero resueltos, él solo cumplía órdenes; y el viejo, sobre todo el viejo.

Pero no, era absurdo, culpa del calor. Era la última estación: solo debía aguardar a que bajen, ibajen!, esperar a que se fueran, ifuera!, solo un poco más y podría recoger el billete y volver a Bernal, a ser un jubilado inofensivo. Pero no se bajaban.

Todos los demás asientos habían quedado vacíos: solo ellos cuatro seguían allí. Escuchó el ruido seco de las puertas al cerrarse. Una oscura certeza le sitió el cuerpo: el tren no regresaría. El viaje recién había empezado. Habría otra estación más adelante y luego otra y otra y ellos nunca se bajarían. Con sus últimas fuerzas apretó el pie sobre el billete. El tren se puso en marcha.



Martínez, Guillermo, "Billete de mil" en *Infierno grande*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989.  
Texto adaptado con fines didácticos.

**Guillermo Martínez** (Bahía Blanca, 1962) es un escritor argentino que se doctoró en Ciencias Matemáticas por la Universidad de Buenos Aires. En 1982 obtuvo el Premio del Fondo Nacional de las Artes con el libro de cuentos *Infierno grande*. Su primera novela, *Acerca de Roderer*, fue traducida a varios idiomas; la siguieron *La mujer del maestro* y el ensayo *Borges y la matemática*. Ganó el Premio Planeta en 2003 con *Crímenes imperceptibles*, llevada al cine por el director español Álex de la Iglesia, con el título *Los crímenes de Oxford*. En 2015 ganó el I Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez con los relatos de *Una felicidad repulsiva*. Sus novelas más recientes son *Los crímenes de Alicia* y *La última vez*.



## Sección 2. Un viaje al sur

### Austral

Por Paula Tomassoni

*El vacío crece y nos comerá, tal vez infinitas veces*

Mariano Dubín

En la ciudad corre un rumor: la dueña de la estancia estaba loca. Pensás que quieren instalar una leyenda para fomentar el turismo. Esa excursión es la más cara de todas las que ofrecen en la isla.

Hay una ruta por tierra que lleva al lugar, pero el modo tradicional de llegar es en barco. Cruzás el canal, parás en la pingüinera, y al final del recorrido arribás a ese lugar del sur del mundo, no antes de las dos de la tarde, con hambre y la cámara de fotos casi sin batería. Un viejo de pelo y barba rojizos está esperando en el muelle junto a sus hijas, mellizas de unos cuarenta años. No son gemelas, así que no se parecen. La de pelo más largo sostiene una carpeta abrazándola contra el pecho. Sonríe. Los tres, desde el muelle, sonríen. Son los únicos que quedan viviendo en la estancia: la madre murió hace algunos años, ninguna de las hijas tiene herederos. El viejo tira una soga hacia el catamarán para amarrarlo. La playa está minada de mejillones enormes. Los turistas bajan a tierra firme. El viejo saluda en inglés. La hija anota en la carpeta la cantidad de visitantes.

Todos los guías que trabajan ahí tienen menos de veinticinco años y estudian Licenciatura en Turismo en alguna universidad del continente. Ninguno es de la isla, pero viven en la estancia la temporada completa. Acompañan a los visitantes en el recorrido, contando de memoria (en inglés y español) la historia de la familia que hace doscientos años vino de Europa a poblar estos campos australes: “Los primeros habitantes del lugar”. También sirven las mesas del Restaurant y la Casa de Té. Barren, y lavan la vajilla. Sonríen.

En la entrada del Restaurant hay una valija abierta. Es, en realidad, un baúl antiquísimo. Hay algunos libros y sombreros puestos como adorno. En la pared, un espejo, y al lado, un cuadro con un mapa de la isla. Es un mapa educativo. Tiene un título: *Flora y Fauna del Sur de América*. Hay dibujitos de animales y plantas con sus nombres, desperdigados por toda la superficie, terrestre y marina. Te sorprendés: los onas y yamanes figuran como parte de la fauna, dibujados con sus canoas y armas de caza.

A la vivienda de la familia la trajeron hace más de cien años, en barco, desde Inglaterra. Tiene dos pisos. Es de madera. Sobre un costado ostenta un balcón cerrado. Está rodeada por un jardín maravilloso, cultivado trabajosamente. Más arriba, al final de un camino quebrado que se pierde entre rocas, está el cementerio.

En el cementerio están enterradas las cuatro generaciones de irlandeses dueños de las tierras, y sus sirvientes.



En la estancia hay un museo de huesos marinos con esqueletos de animales en exposición. Pingüinos, orcas, lobos de mar. Es un lugar moderno y bien ambientado, pero todo ahí adentro huele a muerte, o a como te imaginás que puede oler la muerte. Es un olor fuerte, pringoso, que invita al mal gesto y a la arcada. Además de haber uno de cada uno en exposición, ejemplares de todas las especies del mar del Sur están desarmados, clasificados y guardados en ese almacén de huesos. Cada uno en su caja, con sus etiquetas. De algunas especies, hay más de mil.

Cerca, la Casa de los Huesos: una construcción pequeña en donde esperan que los cadáveres terminen de pudrirse para poder limpiar la osamenta. La guía del museo, bióloga marina, explica su trabajo: encuentran a los animales muertos en la playa, aceleran el proceso de descomposición, los limpian, clasifican sus huesos, los guardan. Caminás por los senderos de piedra que enmarcan las instalaciones. Alrededor de la Casa de los Huesos hay grandes tachos tapados, algunos sobre hogueras apagadas, otros a ras del piso. Tienen agua y cuerpos pudriéndose. Si destapás alguno, cualquiera, vas a ver eso: cuerpos pudriéndose. Tejidos, dice la bióloga becada por el Conicet. Cuerpos pudriéndose, y su hedor.

Toda la estancia es un lugar de muerte. Si sos un animal, vas a parar a una caja en el ropero. Si sos un familiar, al cementerio. Si sos un yamán, no queda claro adónde.

Si la pasaste bien, dicen los guías, podés comprar un souvenir. Hay remeras, mates, imanes. Tienen distintos motivos: faros, pingüinos, toninas overas. También hay alfajores y peluches.

La mujer se volvió loca, dicen, cuando se le murió el hijo. Seis años tenía, y nadie lo vio caer del muelle, pero apareció un tiempo después en la playa. Intacto, porque con las bajas temperaturas, en la isla los cuerpos no se pudren fácilmente.

Hay que hervirlos y hervirlos en los tachos gigantes hasta llegar a los huesos. Hervir los huesos es todo un programa. Lleva muchas horas y obliga a turnarse en la vigilia, tomando mate, té con limón, echando leña para que el fuego no afloje. A veces la mujer, que compartía esa ronda con los empleados del museo, hablaba de Thomas, su niño. Era más chico que las mellizas, muy rubio y con pecas en la cara tan blanca. En el relato no lo llamaba por su nombre, cuando hablaba de él, con la mirada perdida en el frío, decía “el hijo”.

La isla es la única superficie terrestre de esa latitud austral, y las corrientes marinas, con la fuerza del mundo, llevan a los animales muertos a sus playas. Cuando había pasado un día entero y el chico no aparecía, fueron a buscarlo a los acantilados, a unos cuantos kilómetros de la estancia. Esperaron, hasta que el mar se los devolvió allí, pálido, congelado, intacto.

De tanto juntar huesos y de tanto no saber qué hacer con la plata que había heredado en Irlanda, la señora fundó ese museo, para investigar la fauna fueguina. Los museos, sabés, son los lugares donde nada cambia, son templos de lo inalterable. Escuchás atentamente a las guías, dos jovencitas que te cuentan con adoración cada fase de la construcción del proyecto y el lugar.

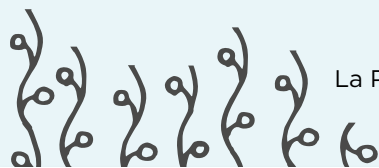
En la pared principal, en la entrada, hay una foto de la señora con su familia. En la escena ya no está el hijo.

Subvencionó científicos, montó un laboratorio, mandó a construir la Casa de los Huesos. Nadie supo que estaba loca hasta sus últimos días. Ya vieja, se paseaba por el parque, alta, flaca, vestida con un pantalón de jean de tiro alto. Siempre usaba poleras oscuras y el cabello gris sujeto en la nuca con un gancho plástico. Paseaba como perdida, como buscando algo. Rondaba las construcciones, se enredaba entre los esqueletos de ballenas exhibidos para los turistas. Levantaba las tapas de los tachos hasta que el olor a muerte le avisaba a alguno de los guías que la señora otra vez estaba tocando lo que no correspondía. Entonces avisaban al viejo, o a alguna de las hijas, que se la llevaban con cuidado a dormir.

Una vez la descubrió Lucas, un cuidador, junto a uno de los tachos, con los brazos bien metidos en el agua podrida. Revolvía y hurgaba como si algo se le hubiese caído. Cuando le preguntó qué buscaba, ella, sin mirarlo, respondió que al hijo.

La enterraron en el cementerio de la estancia. El viejo sabe que, cuando se muera, también va a ir a parar ahí, que es el lugar adonde las cosas cambian despacio. Van a enterrarlo en la ladera de la colina: al lado de su esposa, debajo de sus padres, arriba de su hijo. Es injusto, cree el viejo, que la tumba del niño esté allí mientras la suya sigue vacía.

Paseando entre los lupinos de colores, le preguntás a la guía si puede visitarse el cementerio. Te mira extrañada, como ofendida. Te dice que no. Por respeto a la intimidad de la familia, solo los puntos que están marcados en el folleto son los que pueden recorrerse. Te gustaría ver esas tumbas, ver el lugar que espera al viejo, y más abajo, los lugares que ocuparán las mellizas. Te preguntás si eso será todo, si serán las últimas enterradas allí, si sobraré tierra sin muertos, ahora que la familia se acaba. La guía gira sobre sus talones y en voz alta convoca al resto del tour, para invitarlos a aprovechar la promoción de dos por uno que entra en vigencia, en unos minutos, en la Casa de Té. Hay tortas de chocolate y nuez. Infusiones varias. Una salamandra encendida te invita a sacarte el abrigo. Anochece tarde, en la isla. En la estancia, hasta el dulce de algarroba huele a muerto.



Tomassoni, Paula, "Austral" en *Textos 1*.  
La Plata: La Comuna Ediciones, 2017. Disponible en [La Comuna Ediciones](http://LaComunaEdiciones.com).

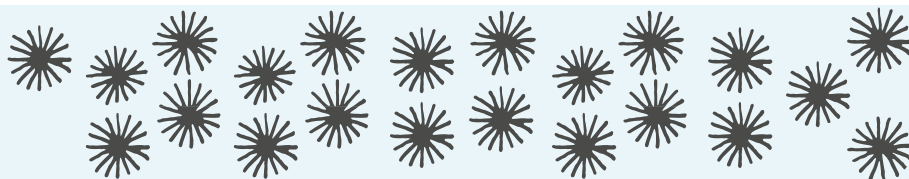
**Paula Tomassoni** (La Plata, 1970) es una escritora, crítica literaria y docente de Literatura en nivel secundario y terciario. Publicó las novelas *Leche merengada*, *Indeleble*, y los libros de cuentos *Pez y otros relatos* y *El paralelo*. Su última novela es *Enlutada*. Además, participó en las antologías *Golpes. Relatos y memorias de la dictadura*, *Desplazamientos. Viajes, exilio, dictadura*, entre otras. Escribe crítica literaria en la revista *Bazar Americano*. Ha coordinado junto con Francisco Magallanes el ciclo de lectura de narrativa "Hasta que choque China con África".



## Sección 3. Voces para la ciudad

### La voz humana

Por Leila Guerriero



Era de noche. Volvía de la plaza de Mayo, donde había estado trabajando durante una manifestación, y me metí en el metro. Caminé por un pasillo azulejado y, cuando doblé por otro, me llegó por la espalda una voz que cantaba. Fue como si me hubieran golpeado los pulmones. Me detuve en seco. ¿De qué estaba hecha esa cosa? Parecía una materia formada por partículas de nieve y chispas de fuego y huesos de animales preciosos, con capacidades químicas para producir la alteración y la locura. La voz cantaba una canción machacona y sensiblera de Marco Antonio Solís y, cuando llegó al estribillo —“no hay nada más difícil que vivir sin ti”—, sentí que me asfixiaba. Regresé sobre mis pasos y miré. Vi, sentado en el piso, a un hombre ciego tocando la guitarra y, a su lado, a un chico de unos 10 años. De él brotaba esa voz cargada de un dolor sulfúrico, llena de pasado, que me hundía un espolón de fuego en la garganta. Y, mientras hacía eso —mientras *me* hacía eso—, el chico, dios mío, jugaba, sin levantar la vista, al *Candy Crush*. Era como ver a Mozart tocando el piano y revolviendo, a la vez, una olla sobre el fuego. Voyeur invencible, me quedé mirándolo. Me dejé enardecer, detenida en mi aleph de éxtasis, y el chico cantó esa canción una, dos, tres veces, sin dejar de jugar, sin levantar la vista, mientras yo, con la espalda contra la pared, me sentía cruda y poderosa, contemplando la vida de los muertos y la muerte de los vivos y viendo abrirse, ante mí, las puertas del entendimiento. ¿Si hablé con él, si me preocupa su destino? Qué preguntas tan obvias. No estoy hablando de eso. Estoy hablando de otra cosa. Estoy hablando de aquel pasaje de William B. Yeats: “tan honda fue mi felicidad, que me sentí bendito y pude bendecir”. Tan honda fue mi felicidad, que me sentí bendita y pude bendecir. Y eso duró cinco minutos que, como todo el mundo sabe, es lo que dura la felicidad.

Guerriero, Leila, “La voz humana” en *Teoría de la gravedad*. Buenos Aires: Libros del Asteroide, 2022. Publicado por primera vez en abril de 2014 en el periódico español *El País*.

**Leila Guerriero** (Junín, 1957) es una periodista y escritora argentina que publica en diversos medios de América Latina y Europa. Es autora de los libros de crónicas: *Los suicidas del fin del mundo*, *Frutos extraños*, *Una historia sencilla*, *Opus Gelber*, *Teoría de la gravedad* y *La otra guerra*, entre otros. Ha recibido numerosas distinciones, entre ellas, el Diploma al Mérito de la Fundación Konex en la categoría Crónicas y testimonios y el Premio al Periodismo Manuel Vázquez Montalbán.



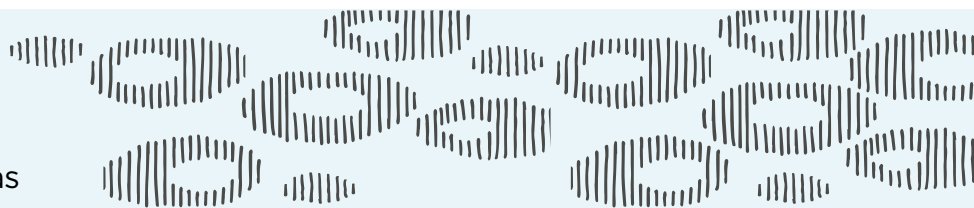
## Eje 2. Mundos distópicos

### Sección 4. El fin del mundo

#### Mugre rosa

(Selección)

Por Fernanda Trías



El comienzo nunca es el comienzo. Lo que confundimos con el comienzo es solo el momento en que entendemos que las cosas han cambiado. Un día aparecieron los peces; ese fue un comienzo. Las playas amanecieron cubiertas de peces plateados, como una alfombra hecha de tapitas de botellas o de fragmentos de vidrio. Brillaba, con destellos que herían los ojos. El ministerio mandó a los trabajadores de la basura a limpiar las playas. Los peces ni siquiera aleteaban, estaban tiosos desde hacía rato, incluso antes de que el agua los expulsara. Los hombres vinieron armados con palas y rastrillos, pero sin tapabocas. Durante todo el día fueron amontonando los pescados, palada tras palada, hasta formar pirámides resplandecientes sobre la arena. El sol aún brillaba en el cielo. Eso otro que habría de comenzar aún no había empezado. Las pirámides parecían espejismos, tiritando en la resolana de la tarde. Después llegó el ejército; envolvieron los pescados en grandes redes y subieron los costales a un camión. Se los llevaron. No dijeron adónde. (...)

Una cuadrilla de buzos había entrado al río a investigar el asunto de los peces, expulsados por el agua como por un gigantesco estómago. Llevaban órdenes del Ministerio de Salud. Llevaban instrumentos y mapas. Debían tomar muestras del suelo, de las algas, del misterio que dormía en el lecho del río. Pero el estómago también expulsó a los buzos, untados en su ácido.

Fue una expulsión silenciosa. Creyeron que todo iba bien, salieron con sus frasquitos y sus sonrisas y se sacaron la foto de rigor, que circuló en todos los medios. Solo unos días después empezaron los síntomas; José Luis Amadeo primero, como un anuncio funesto de lo que les esperaba a los demás.

No hubo milagros entre los buzos y las exequias se realizaron con todos los honores de la patria. Lo transmitieron en vivo: los tres cajones iban envueltos en la bandera. Las cámaras enfocaron el panteón nacional, las tumbas bellas, las flores que se agitaban en el aire tormentoso, las caras serias de los ministros. El pelo de los ministros se agitaba, la corbata del presidente no quería mantenerse en su sitio y él tenía que sostenerla con la mano, como si estuviera sosteniéndose el corazón y los pulmones. La tormenta se venía anunciando desde la mañana, pero todos creímos que aguantaría hasta después del funeral. ¿Por qué creímos eso? Estaban las familias. En primera fila reconocí a

la madre de José Luis; no había cambiado mucho, solo se veía más baja, más ancha, menos imponente que los brazos gruesos que nos pasaban buñuelos por una ventana. A su lado, otras mujeres, madres, hermanas, y otros hijos de los buzos de San Felipe, ahora devenidos hombres, devenidos buzos ellos mismos. Vimos los puños apretados, el reflejo de los féretros en los lentes de sol, las franjas de las banderas. Los únicos ojos a la vista eran los del presidente: secos. Pero antes de que terminara la ceremonia, la tormenta se descolgó. Una tormenta con rayos y viento, pero sin el más mínimo atisbo de lluvia. Las flores volaban. Las banderas se levantaron como sábanas y se pusieron a ondear, poseídas, dejando al descubierto la madera lustrosa de los cajones. En uno de esos tres estaba el cuerpo de José Luis, mi amigo de la infancia, el primer buzo que entró al Clínicas para no salir más. Vimos a un hombre correr para atajar las banderas, que estaban a punto de desprenderse, como si el viento se llevara también las almas, y luego vimos que el presidente se apuraba a resguardarse, escoltado por sus guardias. Lo metieron al auto presidencial y se lo llevaron, junto con los ministros, mientras los rayos caían en el horizonte.

El primer viento rojo, feroz, eléctrico, arruinó las exequias de los buzos. Al otro día, el presidente decretó la evacuación de las zonas costeras. Los altos mandos del Estado construyeron sus casas en las laderas de alguna diminuta colina del campo chato y eterno, y desde allá comenzaron a dar órdenes. Así fue que empezó la nueva historia oficial.

Cuando uno lee libros de historia tiende a olvidar que alguien estuvo ahí.

Alguien de carne y hueso, y en esta historia ese alguien soy yo. Yo estuve ahí cuando aparecieron los peces; fui hasta la playa Martínez y vi la arena cubierta de pescados que parecían basura resplandeciente, trocitos de lata y de vidrio arrojados por la marea. Y vi a los niños que jugaban entre ellos. Habían bajado y caminaban en esa arena nueva, hecha de carne, pisando con cuidado, agachándose para observar de cerca las bocas abiertas y los ojos secos. La ola minúscula venía y los arrastraba hacia adentro, dándoles por un momento una ilusión de vida, para luego arrojarlos como cualquier botella vieja nuevamente hacia la arena. Muchos otros pescados flotaban en el agua. Se había saturado la arena y las olas ya no podían deshacerse de todos. Yo vi jugar a los niños sin máscara ni traje, y vi a los adultos rebuscar entre los peces de la orilla alguno que todavía estuviera boqueando y llenar sus baldes. Recién cuando llegaron los del ministerio echaron a los niños y precintaron la zona. Eso salió en la televisión, la cinta amarilla rodeando la playa y la gente amuchada detrás, curiosos pero a salvo. Yo vi al presidente en cadena nacional anunciando la evacuación de los barrios costeros. Ante todo, calma, dijo, el Ministerio de Salud está trabajando. Pero la gente ya no lo escuchaba, porque se había puesto a correr por sus casas, a armar valijas, desenchufar electrodomésticos, amontonar dinero y joyas, la plata en rollos gordos que metían entre la ropa y la piel sudorosa, los billetes mojándose dentro de los calzones o del sutién o de las medias, los dedos

que no aguantaban más anillos, las manos como un carnaval de pulseras. Y cuando la cadena nacional se terminó y empezó a sonar el himno, la gente estaba cargando los autos, tapiando ventanas, descolgando sus marinas de las paredes. Estaban abrochando el cinturón de seguridad de sus bebés y arrastrando como podían a sus ancianos, aunque ellos dijeran que preferían morirse donde habían nacido. ¿Por qué todos queremos morir donde nacimos? ¿Para qué, si de todos modos ya nada será igual, ya todo habrá mutado hasta convertirse en un territorio desconocido? Arrastraron a los viejos, así tuvieran que romperles la cadera para llevárselos, y luego la ciudad colapsó, los autos quedaron atascados en el único y monstruoso embotellamiento de la historia del país. Yo lo vi. Estuve en el único y monstruoso embotellamiento de nuestra historia. Solo que yo miraba desde la vereda, parada junto a muchos otros que también habían salido a presenciar el espectáculo, a ser testigos de algo que aún no alcanzábamos a entender. ¿Cuántas de esas personas seguirán con vida? ¿Cuántas habrán terminado en el Clínicas? Ah, pero aquello era un verdadero espectáculo; había que verlo, un sofá patas arriba en el techo, una aspiradora saliendo por la ventanilla, un colchón amarrado a la baca junto a una bicicleta infantil.

Las caras pegadas a los vidrios, las manos sucias de los niños contra el parabrisas de atrás. Los perros ladrando por las rendijas de las ventanas. Y el concierto de bocinas.

La caravana siguió así, atascada, avanzando lentamente, tanto que parecía una ilusión óptica de absoluta inmovilidad. Pero avanzaba. A los tres días, las calles volvieron a vaciarse, las cámaras de televisión mostraron las carreteras silenciosas, llenas de la basura que la gente había tirado por la ventanilla, y el caos se trasladó a otra parte, a donde yo no estaba ni estuve.

No estoy. Se convirtió en una historia ajena, contada por otros que a su vez dijeron: yo estaba ahí.

Así ocurrió.

Trías, Fernanda, *Mugre rosa* (fragmento).  
Buenos Aires: Literatura Random House, 2020.

**Fernanda Trías** (Montevideo, 1976) es una escritora uruguaya que ha vivido en distintas ciudades del mundo. Actualmente reside en Bogotá, Colombia, donde da clases de escritura creativa. Ha publicado novelas como *La azotea*, *Cuadernos para un solo ojo* y *La ciudad invencible*. Sus libros de cuentos son *El regreso* y *No soñarás flores*. *Mugre rosa* es su última novela. Por su obra literaria, ha obtenido la beca de la UNESCO Aschberg y ha sido distinguida con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.



## Sección 5. Poesía en el espacio

### De *La III Guerra Mundial* (fragmento)

Liebres. Un bólido paralelo al auto y nosotros  
en la cápsula anaranjada cercados

el horizonte resulta imposible, entonces  
liebres encandiladas  
llegando a Los Altares. Y antes el mar  
acantilados  
nada dicen del polvo, las horas gastadas  
sobre el conteo de aves rapaces y picos curvos, poco más.

Un punto  
De llegada tras otro: Paso de los Sapos, antes Pirámides  
mucho antes San Antonio. “Cuando todo explote aquí

habrá solaz, jornadas vacías de la Patagonia  
harán nuestro refugio  
porque el norte se calcinará”, así razona él

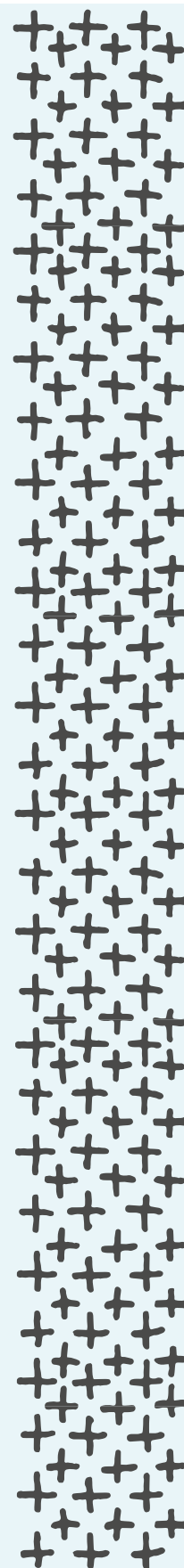
el hermano que todavía cree  
en algún tipo de justicia, entre tanto

cada vacación una puesta en escena  
de la huida. Cartas de navegación y duraznos

mascados en el apuro con que el chevy avanza. Ningún arrebato  
cruza la desmesura del paisaje. El hermano mayor  
busca huellas, signos

como todo buen explorador traza caminos  
sostenidos por su fe. El resto  
arrebataos  
sólo seguimos sus pasos. Liebres  
siempre equidistantes, sin lograr un punto fijo.

Nachón, Andi, *La III Guerra Mundial* (fragmento).  
Buenos Aires: Bajo la Luna, 2013.



**Andi Nachón** (Buenos Aires, 1970) es una escritora y guionista argentina. Es docente del Taller de Poesía en la Licenciatura en Artes de la Escritura en la Universidad Nacional de las Artes. Publicó varios libros de poesía, entre ellos *Siam*, *Taiga*, *La III Guerra mundial*, *Viernes de chicas* y muchos otros, compilados en la antología *En la música vamos. Poesía reunida 1990-2019*. También produce y escribe guiones de documentales y de películas de ficción.



## Lucas (fragmento)

III

voy a gritar cuanto sea necesario voy a pararme  
en tu mesa de luz sobre tus libros voy a bailar  
pisando tus papeles y a estirar mis brazos  
como si estuviera en el mar pero hacia arriba  
señalando la lámpara el ventilador de techo  
la terraza el campanario de la iglesia las palomas  
y más arriba, más, donde nos miran  
los muertos convertidos en estrellas

V

yo quiero ir al mar y al espacio sideral  
donde es de noche siempre  
y el traje se infla y se desinfla  
la cabeza escondida en su burbuja  
mientras salto sobre un colchón de aire,  
en plena elevación un astronauta  
le da la mano a otro con blandura,  
sin esta pesadez de unos ladrillos  
tan firmes que podrían derrumbarse

VIII

arriba es todo igual pero me gusta,  
si tengo sueño apago el velador  
entra la luna en la cabina oscura  
y clarea los contornos del volante  
los botones del tablero las pantallas,  
afuera los planetas siguen de largo  
y se ven por la ventana





IX  
toda la tierra es chica a comparar  
con esta noche larga del espacio,  
olas gigantes entran por los ojos  
y el empujón voltea  
en la parte profunda o en la orilla  
si toco el suelo, el suelo  
es siempre arena

X  
infinita es la arena, no se gasta  
aunque la usemos para hacer castillos  
o el tiempo la convierta en piedra,  
pedacito de estrella que se apaga  
y mil años después cae a la tierra.

Jiménez España, Paula, "Lucas" (fragmento) en *Espacios naturales*.  
Buenos Aires: Bajo la Luna, 2009.

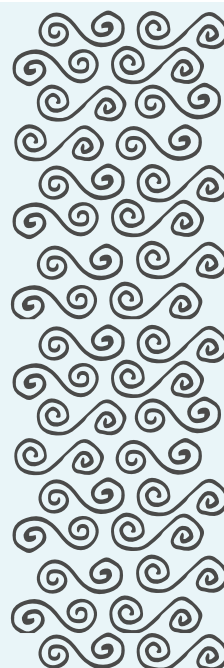
**Paula Jiménez España** (Buenos Aires, 1969) es una escritora y periodista argentina. Publicó varios libros de poesía, entre ellos *La mala vida*, *Espacios Naturales*, *Canciones de Amor*, *Paisaje Alrededor*, *Terrores Nocturnos* y la antología personal *El Corazón de los Otros*. También publicó el libro de cuentos *Pollera Pantalón* y *La Doble*, su primera novela. Escribe en suplementos culturales de varios periódicos.



## Gravedad

a Sandra

Te llamo por teléfono.  
Te pregunto cómo te fue en las vacaciones.  
  
Te llamo para decirte:  
"Houston, me copia?".  
  
Me contás  
que corriste por la costanera  
mirando de a ratos el mar  
que fuiste a dos fiestas aburridas  
que viste una película en el cine del shopping.



Te pregunto:  
“Houston, me copia?”.

Me hablás  
de la falta de oxígeno,  
del cordón de asteroides de chatarra  
sofisticada y tecnológica  
que rodea a nuestro planeta.

Y mientras te escucho  
puedo vernos  
suspendidos en el infinito  
en nuestros blancos trajes espaciales.

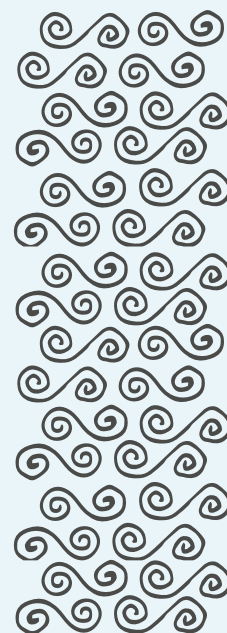
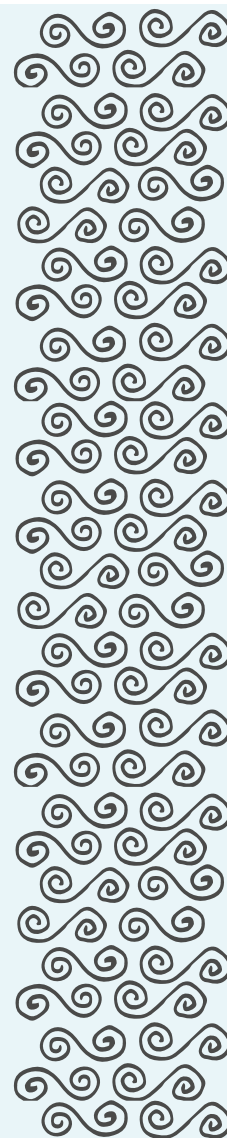
Nos veo a ambos  
con un fondo de millones de estrellas  
intentando reparar  
la nave espacial que nos llevó hasta allí,  
hasta el punto exacto en el que orbitamos.

Pero si bien es doloroso saber imposible  
el retorno de ambos a la tierra,  
podemos detenernos y mirar  
desde afuera  
desde lejos  
esa esfera que fue nuestro hogar  
durante todos estos años.

“Qué es lo que más te gustó de estar acá conmigo?” te pregunto.  
“El silencio” decís “vos me enseñaste a disfrutar del silencio”.

Y cuando estoy por responderte  
que tus ojos son la superficie  
en la que he visto más galaxias reflejarse,  
la voz metálica de Houston resuena en mi escafandra:  
“Recuerden que tienen un problema”.

Entonces bajo la vista  
y veo que el problema es esta cuerda  
que aún nos mantiene unidos  
de traje espacial a traje espacial  
y que se resiste a ser cortada,  
más allá de cometas  
más allá del agua congelada en los polos de la luna.



Te digo:  
“Houston, me copia?”.

Y mirando a miles de kilómetros de distancia  
el ganges  
la muralla china  
el río de la plata,  
me decido y llevo mi mano al gancho  
que une la cuerda a mi cuerpo  
y lo abro

... tus pupilas se dilatan...

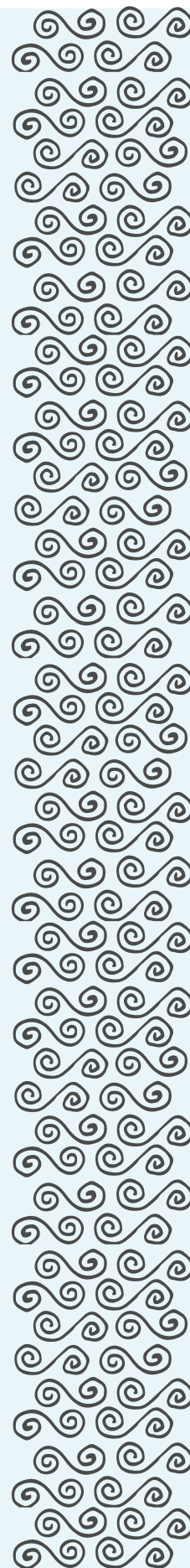
Porque quién quiere ser el primer astronauta  
en perderse para siempre  
solo  
en el infinito del cosmos?

quién quiere quedarse  
aunque sea  
por unos minutos de años luz  
sin interlocutor estelar?

Intento calmarte y explicarte el plan  
que nos permitirá  
un aterrizaje feliz y definitivo.

Pero se produce un silencio de radio.  
Y pasados unos segundos  
escucho tu voz en el teléfono  
diciéndome  
que estás resolviendo un problema laboral  
que no podés seguir hablando  
que más tarde me llamás  
más a la noche  
y cortás.

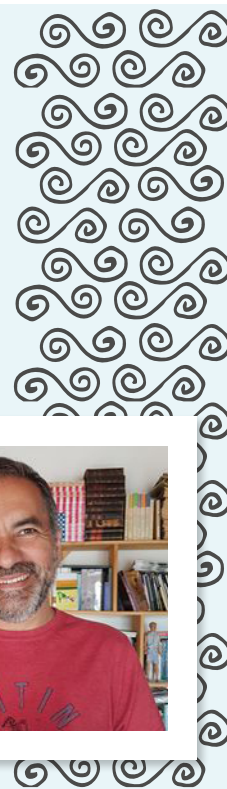
Me decís:  
“Houston, cambio y fuera”.



Y así quedo  
de este lado de la línea telefónica  
todavía enganchado  
por esta cuerda plateada y resistente  
a la que el reflejo de la aurora boreal  
vuelve engañosamente tornasolada.

Roldán, Javier, "Gravedad" en *Los fuegos de Orc: antología de poesía y ciencia ficción*. Buenos Aires: Malón Malón editores, 2015.

**Javier Roldán** (Buenos Aires, 1975) es un escritor y editor argentino, profesor de Lengua y Literatura en colegios secundarios del conurbano bonaerense y coordinador de talleres de lectura. Publicó el libro de poesía *La Extraña Dama*, las plaquetas literarias *Las profecías perderán su razón de ser* y *Bendito yo soy*. Su segundo poemario es *Villa Trankila*. Durante la pandemia de Covid-19 lanzó dos libros recopilatorios de cuentos y poesía con el fin de ayudar a juntar fondos a comedores escolares.



## Sección 6. Demasiada gente



### Geografía nacional

Por Camila Fabbri

Casi siete mil millones de personas viven en nuestro planeta. Más del doble que hace tan solo cuarenta y cinco años. Pero ¿qué pasaría si la población mundial se volviese a duplicar de repente? [Documental Nat Geo].

Cintia vio en la televisión algo sospechoso pero certero: el día estaba llegando a su fin y en el resto del globo nadie había muerto. Se trataba de un día único, diecisiete de septiembre, y en el planeta Tierra nadie había pasado a mejor vida. Esto a Cintia la asustó, porque si bien se reconocía como alguien aprensivo en relación a la muerte, el exceso de vida también le parecía de temer. Quienes conducían el noticiero de aquel canal de aire estaban anonadados. Se acomodaban los micrófonos, se alisaban el pelo. Todo en vivo y en directo. Miraban a cámara aunque no recibían a tiempo la orden de cambiar la vista de lugar, entonces quedaban con los rostros hacia el frente pero la mirada perdida, confundidos. El noticiero estaba desprovisto de prolijidad. ¿Qué había pasado con los accidentes, las enfermedades, incluso las causas naturales? ¿Cuál era el índice de natalidad de ese día de septiembre, entonces? No existía ni un minuto en el que no muriera alguien.

Cintia decidió apagar el transmisor. Le temblaron las manos, como cuando llega el gran susto y su tamaño triplica y supera todo lo que hay alrededor. Se levantó del sillón y dio vueltas alrededor de la casa. ¿Dónde cabría toda esta vida, ahora? Miró por la ventana. Vio taxis, autos particulares, un camión de mudanza, una fila de niños caminando de la mano en una excursión escolar.

Terror.

Cintia decidió darse un baño. Se sacó la ropa con rapidez y se miró la espalda en el espejo. Tenía la piel de gallina y no sentía ni un poco de frío. Era el miedo haciéndole cosas a su organismo. Debajo del agua caliente, el cuerpo podía volver en sí. Cada pieza en su lugar y la sensación de fragmentación se silenciaba. Contó el cabello caído, lo pegó sobre los azulejos azules. Se masajeó el cuero cabelludo, se enguajó las lagañas de la noche anterior. Todavía sentía que podía oír a los conductores de aquel programa:

- Nos llegan novedades desde el Oeste. Vamos al móvil.
- ¿Hola? ¿Hola? Apenas se oye. ¿Hay alguien ahí?

Y en la pantalla de la televisión surgía una horda de gente abrigada, rodeada de un paisaje de nieve en algún país lejano, mirando a cámara. Aunque mirar

a cámara no significara fijar la vista. Eran zombies extranjeros o gente con demasiada vida que ya se había echado a flotar sin pensar demasiado hacia dónde.

Cintia apagó la ducha y se enrolló en un toallón limpio. Se lamió las manos arrugadas para aliviar la callosidad de los dedos. Desde la mesa de su cocina oyó el bip del teléfono. Corrió a atender. Envuelta en esa tela azul podría ser el muñeco gigante de algún niño con padres de mucha plata. Era Julieta, su hermana, que la estaba llamando desde la Isla y pretendía hacer una videollamada. Cintia se encerró otra vez en el baño y, sentada sobre la tapa húmeda del inodoro, atendió.

La señal era pobre. Eran muchas personas reunidas a la vez, alrededor del globo intentando comunicarse. Intercambiar opinión sobre la rareza. Podía ver la cara de su hermana casi derramarse sobre la pantalla. Al lado de Julieta estaba Lío, su hijo de tres años, que miraba también. Los dos esperaban que la tía se pronunciara.

—Hola Cin, ¿estás?

Julieta estaba acostumbrada a gritar a través de celulares.

—Nosotros acabamos de desayunar. Lionel quería hablarte. ¿Estás?

Cintia miraba a esos individuos pixelados en la pantalla diminuta y un calor le subía por el cuello. El nene miraba a su tía y sonreía.

—Hoy se largó solo por primera vez sin rueditas, ¿podés creer? Se raspó apenas pero no lloró. Es un campeón de las rutas ya.

Julieta narraba y la cara se le deformaba. Lionel sonreía con orgullo de prueba superada.

Cintia no respondía. Nombrar algo ese diecisiete de septiembre parecía imposible. Seguía tan impaciente. Lionel colgaba del cuello de su madre como un mono de zoológico alimentado con mamadera.

—Cin, ¿estás ahí?

Julieta insistía y a Cintia no le pasaba lo mismo de siempre con la cara de su sobrino, sino que distinto. En esa pequeñez veía un exceso de futuro que no se parecía en nada a la ternura. Veía pura vida, puro espacio plagado, ningún lugar para la mediana edad.

—Cintia, ¿podés responder?

El nene se puso serio. Del otro lado de la pantalla, esa mujer recién bañada era un bollo de desprecio. Empezó a lagrimear.

—¿Cintia, qué te pasa?

Cintia notó que la cara de Lionel seguía siendo tan de la primera edad y el temblor regresó al cuerpo, barriendo toda la incomodidad que el baño de agua caliente había logrado llevarse.

—¿Nos tenés miedo?

Cintia cortó la videollamada. Ahora se le agolpaban en la cabeza las voces del noticiero, el futuro de ese niño que también llevaba su sangre, los accidentes, las causas naturales. El exceso de vida, otra vez. Dejó el teléfono sobre la

mesa y el aparato siguió sonando. Se fueron apilando más de doce llamadas seguidas de su hermana y su sobrino, en un raptó de amor o de crueldad. ¿No podían dejarla en silencio?

Cintia encendió el televisor y ahí seguía, intacta, la noticia. Ahora los móviles del canal recorrían con drones distintos epicentros del mundo. Taiwán, Tokio, Yakarta, un poco de Moscú, Berlín, algo de Amsterdam, y también Buenos Aires, La Paz y Cochabamba. La gente se amuchaba en las calles para festejar esa victoria de la perpetuidad. Pero Cintia tuvo una sensación muy grande de vértigo. Sintió que todas esas personas estaban más cerca de su casa de lo que ella podría imaginar. Que todo estaba ahí, tan junto, sin espacio en realidad. Y en eso llegó la certeza, y cuando llega, el temblor tiene su intervalo. Se vistió con lo primero que encontró. Un suéter viejo pero agraciado que había pertenecido a su madre en la década pasada y un pantalón que se le caía. Se ató el pelo con una gomita de plástico. Miró hacia la puerta de su departamento: esa madera de algarrobo con algunos stickers de brillantina pegados en el centro. Figuras de algún momento de la vida en el que creyó que esos colores en miniatura podrían ayudarla a cambiar el ánimo. Roedores, corazones en distintas gamas y frases positivas en inglés. Agarró la cartera, contó plata, se calzó las zapatillas de correr y salió a la calle. Pensó para sí que lo mejor que se podía hacer en ese clima de exceso de otros era cerrar la puerta de casa y cambiar la cerradura para siempre.

El teléfono de Cintia siguió sonando en el medio de la nada, durante horas. Por supuesto no lo atendió después, ni al día siguiente, ni en una semana más. La familia no era algo que había que cuidar ahora.

Fabbri, Camila, “Geografía nacional” en *Estamos a salvo*. Buenos Aires: Seix Barral, 2022.

**Camila Fabbri** (Buenos Aires, 1989) es una escritora, dramaturga, directora teatral y actriz argentina. Ha publicado el libro de relatos *Los accidentes* y el libro de no ficción *El día que apagaron la luz*, sobre el incendio en Cromañón. En 2021 fue seleccionada por la revista *Granta* entre los 25 mejores narradores en español menores de 35 años. Su último libro de relatos es *Estamos a salvo*.



## Eje 3. Leer textos para reflexionar sobre la literatura



### Sección 7. ¿Hay poesía en la crónica?

#### La mirada precisa de Leila Guerriero

Por Emilia Racciatti

##### —¿Cómo fue el trabajo de selección de las columnas incluidas en *Teoría de la gravedad*?

—Son un recorte muy específico, son aquellas que tenían un punto de vista más personal, un paisaje que licúa lo interior con lo externo. El editor y yo queríamos que el libro tuviera una especie de poética propia y, en ese sentido, hay columnas que funcionan como pequeñas crónicas, como un viaje a Junín, a mi pueblo, a mi ciudad y de pronto todo lo que son las reflexiones, añoranzas o no, lo que sale de un paseo por el campo o la ruta. En ocasiones funcionan como pequeñas crónicas, no siempre, pero hay en todas una mirada periodística. Sobre todo porque se trata de hablar de algo que puede tocar al lector más allá de mi propia historia.

##### —Hay referencias a la poesía, muchos poetas citados. Pensaba en la potencia en los finales de estas columnas, ¿relacionás eso con la poesía?

—Puede ser, las columnas tienen un tipo de escritura que sería difícil de llevar a una crónica muy larga. Tienen un estilo muy denso, un perfume muy concentrado y llevar eso a un texto de 17 páginas puede generar empacho. Así que por momentos es necesario aplicar una escritura más efectista, como algo muy encendido. Me interesa también

la dimensión visual, auditiva del texto. Puedo pasarme mucho rato buscando una palabra si necesito que una frase tenga una determinada métrica o si tengo que poner un subrayado, si la palabra que encontré suena débil y no convoca a la temperatura y la textura que quiero sobre el texto. Mucho de eso proviene de la lectura y de la poesía. Leo bastante poesía y adiestra mucho el oído. Muchas veces escribía una columna y entendía lo que quería decir y dónde tenía que llegar pero faltaba algo para ese remate. Necesitaba que todo lo que postulaba fuera apoyado por una voz más fuerte y de golpe recordaba aquel poema de Viel Temperley, de [Fabián Casas](#) o de Mariano Blatt, de [Sharon Olds](#) o [Louise Gluck](#) y a veces terminaba encontrando una cosa inesperada. Otras encontraba un verso que era tan maravilloso que había que construirle una columna, ese verso decía tanto que quería expandirlo.



Entrevista extraída de *Infobae*, 9 de noviembre de 2020 (adaptada con fines didácticos).



## Sección 8. ¿Ciencia ficción argentina?

### Los mundos posibles

Por Belén Marinone

**—¿Creés que la ciencia ficción está muy relacionada con lo tecnológico y podría relacionarse con otras cosas?**

—Cada vez menos. La relación de la ciencia ficción con las máquinas fue muy clara en los 40, los 50, por ejemplo en **Ray Bradbury**. Pero a partir de los 60 apareció una nueva ciencia ficción más ligada con las ciencias humanas. De una manera natural se empezó a dejar de lado la importancia de la máquina y la tecnología y se empezó a trabajar con los mundos posibles, qué pasaría si los seres humanos no tuviéramos un sexo definido por nacimiento sino que pudiéramos elegir una vez por mes a qué género pertenecer. Esto se ve mucho en **Ursula Le Guin**, que es una de las autoras más maravillosas.

**—Si hoy tuvieras que escribir sobre el futuro, ¿con qué tres elementos o tres palabras te imaginás que podrías narrar?**

—Me parece que lo primero que habría que diferenciar es si hablamos de un futuro posible o de un futuro que uno imagina. Si pensamos en lo posible, es bastante claro, falta de agua potable, superbacterias, etc. Yo prefiero trabajar con otro tipo de hipótesis porque me resulta más placentero e imaginativo. La primera que pienso es la fluidez, que es algo que estamos empezando a ver, la fluidez de género, una bandera levantada por muchas personas, incluso como una política. Para mí eso va a ser completamente normal.

Entrevista publicada en *Infobae*, 15 de mayo de 2022 (adaptada con fines didácticos).

### “No tengo ningún respeto por la ciencia ficción”

Por Luciano Lamberti

**—Hay una tradición de pensar la ciencia ficción desde la tecnología. Y en Argentina el acceso a esa tecnología es distinto al de otros países. ¿Vos pensás que hay que adaptar los géneros a la experiencia argentina?**

—Primero me parece que, indudablemente, el género sufrió una reducción de lo que es el término “ciencia”. Se redujo esa parte, de la tradición yanqui, digamos, y cuando en los años 50 y 60 comienza a aparecer la nueva ola y se va vaciando de ciencia

eso también afecta a la Argentina. Acá la ciencia ficción está más ligada al término sin ciencia. Marcelo Cohen, por ejemplo. Robles dice que ahora la ciencia ficción no solo no tiene ciencia sino tampoco ficción. Y es una buena manera de interpretar el género o darse cuenta de que la ciencia ficción es una manera de ver el mundo, no necesita ser ficcional. Uno puede escribir crónicas de ciencia ficción. O poesía de ciencia ficción, como la de Marcelo Díaz. No creo que haya una obligación desde Argentina. Un “tenemos que...” *aggiornar* la ciencia ficción. La utilización del género es como herramienta. La que tenemos a mano es tercermundista, fallada. Hay un *tweet* de Gogui que dice algo así como “Yo quiero encontrar escritores de ciencia ficción que no hayan predicho computadoras sino computadores que se claven”. Ese es nuestro entorno: una ciencia fallada. Una ciencia asociada con Horacio Quiroga, inventos que siempre terminan saliendo mal. Esta técnica precaria que termina fallando y envenenando al resto. Nuestra ciencia ficción tiene que ser pensada desde Quiroga pero en la actualidad. En vez de licor de naranjas, una droga de diseño que funciona mal y te pega un mal viaje. Lo podés aplicar a cualquier tópico de ciencia ficción.

(...)

**—¿Hay un conflicto entre los viejos y los jóvenes en la novela, sobre todo en el acceso a la tecnología?**

—Yo no tengo ningún respeto por la ciencia ficción, precisamente porque soy lector argentino y acá la tradición siempre se ha rebelado ante los géneros.

Hay otras cosas que sí me importan más y que funcionan como ejes, y uno de ellos es la vinculación entre las diferentes generaciones, entre los viejos y los jóvenes, los viejos y los adultos, los adultos y los nenes. Si hay algo para lo que sirve la ciencia ficción es para explicar cómo es la vinculación actual entre las diferentes generaciones. Creo que la tecnología es una de las mejores formas donde se ve esa articulación. Porque precisamente entre los viejos pasa algo que sucede a la inversa que es el analfabetismo. A partir de cómo la tecnología está funcionando hoy en día tenemos la idea (después puede ser real o no) de que los nenes, al ser nativos digitales y todas esas etiquetas que les ponen, prácticamente nacen o al año ya están alfabetizados en las nuevas tecnologías, mientras que nuestra concepción de los viejos es precisamente la contraria: el que no logra aprender cómo funciona la tecnología. El viejo que se confunde y postea como público algo que es un mensaje privado. Es exactamente al revés a la forma en la que nos educaron cuando éramos chicos, donde el nene no sabía y el viejo sí. Y en esa inversión el adulto está en el medio, porque él fue alfabetizado de ambas maneras. Entonces creo que el adulto de hoy en día es afortunado en ese sentido porque puede ver estos fenómenos de cambio. Y una de las cosas que más me interesan a la hora de escribir es poner en duda, cuestionar, burlarme también de esas cuestiones (uno tiene la sensación de que en esta época ya es ilegal burlarse de algo).

(...)

**—¿Te gusta imaginar el futuro?**

—La verdad que no. No tengo imaginación, que solo se activa cuando estoy pensando una novela, y no cuando pienso la realidad. Pienso por ejemplo, sí, cómo va a ser la ciudad. Cómo van a ser las plazas del futuro. Cómo va a ser el diseño urbano del futuro. Cómo últimamente se toman los barrios portuarios y se los transforma en barrios de lujo,

como acá con Puerto Madero, yo me pregunto cuáles serán los barrios que se reciclarán en el futuro. O con los nombres de las calles. Pero salvo esos pequeños deleites no soy alguien que piense en el futuro más que cuando escribo novelas. Y las novelas hablan más bien del presente, con la forma en que nos relacionamos con nuestros dispositivos.

Entrevista publicada en *Eterna Cadencia*, 5 de julio de 2017 (adaptada con fines didácticos).

**Argentinos en la luna. Prólogo a *Los fuegos de Orc***

Por Patricio Foglia

Ese era el título de una antología de finales de los sesenta. *Argentinos en la luna*. Tenía cuentos increíbles, me acuerdo de uno de Oesterheld, que se llamaba “Un extraño planeta... planeta... planeta”.

*Argentinos en la luna*

*Un extraño planeta... planeta... planeta*

Podrían perfectamente haber sido los títulos de esta selección. Después de todo y a simple vista, cualquier antología es un extraño planeta. Más aún si se trata de una antología de poesía y ciencia ficción, para colmo argentina y contemporánea. Eso ya es más raro todavía, como un argentino en el espacio sideral o un cosmonauta del conurbano, como un marciano, en la fila del supermercado de la vuelta.

Poesía y Ciencia Ficción. Dos géneros, al parecer, distantes y contrapuestos, pero ¿hasta qué punto es cierto eso? Ahí está *Odisea*, con sus cíclopes y con Circe, en el inicio de los tiempos o un poco más acá, en poesía, el mismísimo Walt Whitman y Allen Ginsberg y sus *cantos cósmicos* o, si no, las profecías ignífugas de las poesías de William Blake. Justamente de Blake tomamos nuestro título. Pero no de cualquier modo: *Orc*, el dios rebelde de su mitología personal, tiene la fuerza de un planeta ardiente y es también una cita de la famosa película de ciencia ficción *Blade Runner* que es a su vez también una cita de un poema del argentino Javier Adúriz incluido en esta antología (poema que, si me permiten, es uno de mis favoritos).

¿Cuál es la frontera de lo que es y no es poesía?, ¿la determina un destacamento de gendarmería, armado para la ocasión?, ¿la determina una materia de la universidad?, ¿un taller de escritura creativa?, ¿cada lector?, ¿el azar?

Y esa frontera, ¿es una discusión acerca de la relación insatisfactoria entre las palabras y las cosas?, ¿está marcada por imágenes, hermosas o desesperantes? No tengo la menor idea, pero contamos con una serie de respuestas posibles: la poesía como un superhéroe olvidado, en la mirada verde de Hernán La Greca; la poesía como astronautas flotando en la nada, como quieren, cada quien a su modo particular, Irene Gruss, Javier Roldán, Jonás Gómez, Paula Jiménez y Mariana Suozzo; la poesía como los búfalos distópicos que abreven del tiempo inmemorial de Carlos Battilana; o, si no, la poesía como un auto, un simple auto que viaja por el Sur y desata la Tercera Guerra Mundial en el centro de la casa de Andi Nachón; o bien otra casa, que es parte del universo de Alfredo Veiravé; o la escritura alienígena de Manuel Podestá; o lo luminoso que de noche ven los ojos luminosos de Laura Wittner; o la mirada lunar de Rocío Macarena; o la piedad y la paranoia del extraño conejo de Eric Schierloh; o los artefactos al caer la tarde de Mario Ortiz; o una nave comandada por Germán Arens, la misma nave en la que todos los poemas del mundo escapan de las clasificaciones.

Cualquier antología es una constelación. De todas las estrellas que titilan en el firmamento, la mirada situada hace un recorte. ¿Qué significa, entonces, una antología? No sé, pero ¿qué significaba para los griegos detenerse a admirar el cinturón de Orión?, ¿qué significa para nosotros ahora? Tampoco sé, pero agradezco la suerte de una noche despejada,irme de viaje y desde el micro poder ver las estrellas, volver a mi infancia, quedarme colgado mirando el cielo, un satélite, un planeta, un sol, puntos blancos en mi noche oscura, con su extraña luz errante, que viaja desde millones de años luz de distancia directo hasta mis ojos. Como cada vez que alguien lee poesía. Como cada vez que alguien lee poesía, en la soledad del campo y de la noche, al amparo de la luna llena.

**Patricio Foglia**

Buenos Aires, marzo de 2015

Prólogo de Patricio Foglia extraído de *Los fuegos de Orc: antología de poesía y ciencia ficción*. Buenos Aires: Malón Malón editores, 2015 (adaptado con fines didácticos).

Instagram del autor: [@patriciofoglia](https://www.instagram.com/patriciofoglia)

**BA** Buenos  
Aires  
Ciudad